

horribles, lo único real que toca es la opresión incesante de su desesperación convulsiva. Todos sus pensamientos, todos sus peligros, el mundo todo desaparecen para él ante una sola idea: ¿cuándo encontrarán el cadáver en el bosque? Se esfuerza en apartar su pensamiento de aquella obsesión; pero el pensamiento sigue clavado allí como por una cadena de hierro. Cree siempre que va andando por el bosque; que se desliza calladamente, con paso furtivo, apartando las ramas; que se acerca y se acerca cada vez más, y que espanta «las espesas filas de moscas esparcidas por la carne como montones de grosellas secas». Y siempre va á parar á la idea del descubrimiento; espera la noticia, escuchando ansiosamente los gritos y los rumores de la calle, escuchando á los que salen y á los que entran, escuchando á los que bajan y á los que suben. Al mismo tiempo tiene siempre delante de los ojos aquel cadáver abandonado en el bosque, y le enseña mentalmente á todos los que ve, como para decirles: «¡Mirad! ¿conocéis esto? ¿Sospecháis de mí?» «El suplicio de coger en brazos el cadáver, y ponerle á los pies de todos los transeuntes para su identificación, no sería más lúgubre que la idea fija á que le ha condenado su conciencia.»

Jonás está á dos pasos de la locura. Otros están de lleno en ella. Dickens ha hecho tres ó cuatro retratos de locos, muy graciosos al primer golpe de vista, pero tan exactos, que en el fondo son horribles. Se necesitaba una imaginación desarreglada y extremada, como la suya, una imaginación capaz de ideas fijas, para poner en escena las enfermedades de la razón. Hay dos, sobre todo, que hacen reír y temblar: Augusto, el maniaco triste, que está á punto de casarse con miss Pecksniff, y el pobre Mr. Dick, semi-idiota y semi-

monomaniaco, que vive con miss Trotwood. Comprender esas exaltaciones repentinas, esas imprevistas tristezas, esos increíbles sobresaltos de la sensibilidad pervertida; reproducir esas paralizaciones del pensamiento, esas interrupciones del discurso, esa intervención de una palabra, siempre la misma, que corta la frase empezada y trastorna el juicio renaciente; ver la estúpida sonrisa, la vacía mirada, la fisonomía lela é inquieta de esos niños viejos desorientados que andan á tientas dolorosamente de unas ideas en otras, y chocan á cada instante en el umbral de la verdad sin poder franquearle, es una facultad que sólo Hoffmann tuvo en el mismo grado que Dickens. El juego de esas destrozadas razones se asemeja al chirrido de una puerta desquiciada: hace daño oírlo. Se nota allí, si se quiere, una carcajada discordante; pero se descubre mejor aún un gemido y una queja; y espanta el medir la lucidez, la rareza, la exaltación, la violencia de la fantasía que ha producido tales criaturas, que ha sabido sostenerlas hasta el fin sin flaquear, y que se ha encontrado en su centro, al imitar y reproducir su desvarío.

¿A qué puede aplicarse esta fuerza? Las imaginaciones difieren, no sólo por su naturaleza, sino también por su objeto; después de medir su energía, hay que circunscribir su dominio; el artista, dentro del vasto mundo, se crea un mundo; involuntariamente elige una clase de objetos que prefiere; los demás le dejan frío, y no los ve. Dickens no ve las cosas grandes: he ahí la segunda nota de su imaginación. Se entusiasma con todo, particularmente con las cosas vulgares, con un tenducho de anticuallas, con una muestra, con un pregonero. Tiene vigor; no alcanza á la belleza. Su instrumento emite sonidos vibrantes; ca-

rece de sonidos armoniosos. Si describe una casa, la dibujará con una exactitud de geómetra; pondrá de relieve todos sus colores; descubrirá una fisonomía y un pensamiento en las contraventanas y en las canales; hará de la casa una especie de ser humano, gesticulante y enérgico, que saltará á los ojos y no se olvidará nunca; pero no verá la nobleza de las grandes líneas monumentales, la serena majestad de las sombras ampliamente cortadas por la blancura del enlucido, la alegría de la luz que las cubre y se hace palpable en las profundidades sombrías donde se interna, como para reposar y adormecerse. Si pinta un paisaje, verá las bayas que siembran de granitos rojos los setos desnudos, el vaporcillo que exhala un riachuelo lejano, los movimientos de un insecto entre la hierba; pero la gran poesía que hubiese descubierto el autor de *Valentina* y de *Andrés* se sustraerá á sus miradas. Se perderá, como los pintores de su país, en la observación minuciosa y apasionada de las cosas pequeñas; le faltará el amor á las bellas formas y á los bellos colores. No verá que el azul y el rojo, la línea recta y la línea curva bastan para componer conciertos inmensos, que, entre tanta diversidad de expresiones, conservan una serenidad grandiosa, y abren en lo más profundo del alma una fuente de salud y de felicidad. La felicidad es lo que le falta; su inspiración es un estro febril, que no elige los objetos, que reanima á la ventura las fealdades, las vulgaridades, las tonterías, y que, al comunicar á sus creaciones no sé qué especie de vida sacudida y violenta, les quita el bienestar y la armonía que hubiesen podido conservar en otras manos. Mis Ruth, una alhajita de ama de casa, se pone el delantal. ¡Qué tesoro ese delantal! Dickens le da vueltas y más vueltas

como un comerciante de novedades que quisiese venderle. La joven le tiene en las manos; después se le ajusta á la cintura, ata las cintas, le estira, le arregla para que siente bien. ¡Qué no hace con su delantal! ¡Y qué embeleso el de Dickens durante esas inocentes operaciones! Profiere exclamaciones de alegría picaresca: «¡Válgame Dios, qué tallecito tan tunante!» Apostrofa á la sortija, brinca alrededor de Ruth, palmorea de contento. Y no digo nada cuando Ruth confecciona el pudding; aquello es ya una escena entera, dramática y lírica, con exclamaciones, prótasis y peripecias, tan completa como una tragedia griega. Esas lindezas de cocina y esas travesuras de imaginación hacen pensar (por contraste) en los cuadros domésticos de Jorge Sand. ¿Recordáis el cuarto de la florista Genoveva? También fabrica, como Ruth, un objeto útil, muy útil, puesto que mañana lo venderá por diez sueldos; pero ese objeto es una rosa, cuyos delicados pétalos se arrollan á impulsos de sus dedos como á impulsos de los dedos de un hada, cuya fresca corola se tiñe de un carmín tan tierno como el de sus mejillas: delicada obra maestra nacida en una noche de poética emoción, durante la cual contempla la joven, desde su ventana, los penetrantes y divinos ojos de las estrellas, mientras murmura en su corazón virginal el primer soplo del amor. Dickens no necesita de semejante espectáculo para exaltarse: una diligencia le eleva al ditirambo; las ruedas, las salpicaduras, los silbidos del látigo, el estruendo de los caballos, de los arreos y de la máquina, he ahí lo suficiente para ponerle fuera de sí. Siente por simpatía el movimiento del coche; ese movimiento le arrolla consigo; oye el galope de los caballos en su cerebro, y se precipita lanzando esta oda, que parece salir de la trompeta del mayoral:

«¡Adelante, al través de la oscuridad creciente, sin hacer caso de las negras sombras de los árboles, y salvando las tinieblas, como si la luz de Londres, á una distancia de cincuenta millas, bastase con usura para alumbrar el camino! ¡Adelante, al través de la pradera del pueblo, donde se han quedado á deshora los jugadores de *cricket*, y donde cada impresión dejada en el césped por las palas, la pelota ó los pies de los jugadores difunde su perfume en medio de la noche! ¡Adelante, con cuatro caballos de refresco, dejando atrás la posada del *Cierro sin astas*, á cuya puerta se agrupan los bebedores absortos, mientras el tiro precedente, con los tirantes colgando, se va á la ventura hacia el pantano, perseguido por la gritería de una docena de gargantas, y por los chiquillos que corren oficiosamente para echarle al camino! Ahora los cascos de los caballos retumban, arrancando chispas, por el vetusto puente de piedra. Luego otra vez en el camino sombrío, y atravesando el portazgo, y cada vez más lejos, más lejos de allí, en plena campiña. ¡Hurra!

» ¡Hola! ¡allá atrás! para esa trompeta un momento; ven aquí, mayoral; agárrate á la vaca, y arriba. Te necesitamos para dar un tiento á esta cesta. No acortaremos por eso el paso del ganado; antes bien avivaremos su ardor para mayor celebridad del festín. ¡Ah!, hace mucho que esta botella de vino añejo no ha sentido el contacto del suave soplo de la noche, y por vida, que es un licor maravilloso para humedecer la garganta de un bocinero. Cátalo, Bill, y empina el codo sin miedo. Ahora toma aliento, y sopla en la trompeta. ¡Eso sí que es música! ¡Ahora sí que suena! «¡Oid el eco más allá de los montes, lejos, muy lejos!» ¡Bravo! Vea V. qué vivaracha anda esta noche la yegua asustadiza. ¡Hurra!, ¡hurra!

» ¿Veis brillar la luna? ¡Qué alta ya, sin haberlo notado! A su luz la tierra refleja los objetos como el agua. Los setos, los árboles, los techos bajos de las cabañas, los campanarios, los añosos troncos secos, los jóvenes vástagos florecientes, se han vuelto vanidosos de pronto, y no desean más que contemplar sus bellas imágenes hasta la mañana. Allá los álamos se agitan para que sus trémulas hojas puedan verse en el suelo. No así la encina; no se ha hecho para ella el temblar. Firme y segura en su robusta corpulencia, vela sobre sí, sin mover una rama. La puerta del parque, tapizada de musgo, medio desprendida de sus rechinantes goznes, coja y decrepita, se balancea delante de su espejo como una viuda fantástica; y, en tanto, nuestro propio fantasma viaja con nosotros al través de zanjas y malezas, por la tersa tierra y por los campos labrados, por la escarpada ladera de los montes y por la superficie, más escarpada aún, de las murallas, como si fuese un espectro cazador.

» ¡También nubes! ¡Y una niebla en la hondonada! No una espesa niebla que la oculte, sino un vapor tenue, aéreo, semejante á una gasa, que para nuestros ojos de admiradores modestos realza las bellezas ante las cuales se extiende, como siempre han hecho y como siempre harán las verdaderas gasas, pese á quien pese, y así fuésemos el Papa en persona. ¡Bravo!, ahora viajamos como la luna. Tan pronto ocultos en una arboleda, como en una nube de vapor; reapareciendo luego en plena luz para volver á ocultarnos, pero avanzando siempre; nuestro viaje es un trasunto del suyo. ¡Bravo! ¡Una competencia con la luna! ¡Magnífico! ¡Soberbio!

» Apenas saboreada la belleza de la noche, ya viene el día brincando. ¡Viva! Dos mudas más de tiro, y los

caminos campestres se tornan en una calle continua. ¡Bravo!, por delante de huertas, de filas de casas, de quintas de recreo, de terrados, de plazas, de coches, de carros, de carretas, de obreros madrugadores, de vagabundos rezagados, de borrachos, de vendedores en ayunas; por delante de todas las formas de ladrillo y argamasa; por encima del empedrado atronador, donde es ya un problema conservar una postura airosa en la imperial; al través de vueltas y revueltas sin fin, por un laberinto inextricable de calles, hasta que se llega al vetusto patio de una posada, y Tomasito Pindch, aturdido y atontado, se encuentra en Londres (1).»

¡Todo esto para decir que Tomasito Pindch llega á Londres! Ese acceso de lirismo donde de las vulgaridades más triviales surgen las más poéticas locuras, bien así como flores enfermizas nacidas en un tiesto roto, nos ofrece, en sus naturales y extraños contrastes, todos los aspectos de la imaginación de Dickens. Se tendrá su retrato, figurándose un hombre que, con una cacerola en una mano y un látigo de mayoral en la otra, se pusiese á profetizar.

## II

El lector prevé ya las violentas emociones que va á producir una imaginación de ese género. La manera de concebir determina la manera de sentir. Cuando el

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 155.

espíritu, poco atento, sigue los vagos contornos de una imagen esbozada, la alegría y el dolor pasan por él como rozándole imperceptiblemente. Cuando el espíritu, con una atención profunda, penetra en los pormenores minuciosos de una imagen precisa, la alegría y el dolor sacuden todo su ser. Dickens tiene esa atención y ve esos pormenores; por eso encuentra dondequiera motivos de exaltación. Nunca abandona el tono apasionado; nunca reposa en el estilo natural y en el relato sencillo; no hace más que burlarse ó llorar; no escribe más que sátiras y elegías. Tiene la sensibilidad febril de una mujer, que, ante el choque imprevisto del más ligero suceso, prorrumpe en una carcajada ó se deshace en llanto. Ese estilo vehemente posee extraordinario poder, y cabe atribuirle la mitad de la fama de Dickens. El común de los hombres no tiene más que emociones débiles. Trabajamos maquinalmente, y bostezamos mucho; las tres cuartas partes de los objetos nos dejan fríos; nos adormecemos en los hábitos, y concluimos por no reparar en las escenas domésticas, en los pormenores menudos, en los sucesos corrientes que constituyen el fondo de nuestra vida. De pronto viene un hombre que les presta interés; más aún: hace de ellos dramas, convirtiéndolos en objetos de admiración, de ternura y de espanto. Al amor de la lumbre ó dentro del ómnibus, nos encontramos temblando, con los ojos llenos de lágrimas, ó sacudidos por los accesos de una risa inextinguible. Nos hallamos transformados, como con una doble vida. Nuestra alma vejetaba, y ahora siente, ama, sufre. El contraste, la sucesión rápida, la multitud de los sentimientos aumentan todavía su alteración; durante doscientas páginas vamos arrastrados por un torrente de emociones nuevas, contrarias